

## Miguel Rúa no era Don Bosco

### 1. El punto de partida

Don Rúa se nos viene a la mente con una doble imagen: por un lado, la imagen de ser "otro Don Bosco", el "fidelísimo discípulo", la "reliquia viviente de Don Bosco", aquel que, formado a su imagen y semejanza, fue el más genuino representante de su espíritu y de su obra. Por otro lado, la imagen de una persona seria, exigente, controladora, poco simpática, con un tipo de vida y santidad que está casi en el polo opuesto de la alegre y atrayente vida y santidad de Don Bosco; una imagen que en manera alguna podría ser considerada una clonación de Don Bosco.

La dualidad nace, posiblemente, de la falsa perspectiva desde la que se mira y estudia a Don Rúa, una perspectiva comparativa, siempre con la imagen, real o idealizada, de Don Bosco como contraste de fondo; partiendo, a priori, de que el modelo representa el ideal y el modelado debe hacer coincidir línea por línea su figura con él.

Convendría, por un lado, mirar a Don Rúa tal como era, y, por otro, concentrarse en el modelo (Don Bosco) en lo esencial, al espíritu, a las ideas madres, a las aspiraciones profundas, a las finalidades fundamentales y relativizar las formas de ser, los modos concretos de obrar, los estilos personales.

Miguel Rúa era él y tenía una personalidad, la suya propia, un estilo y una forma de ser propia, muy distinta de la de Don Bosco, pero en las ideas, en las aspiraciones, en las finalidades seguía de cerca a Don Bosco, su gran maestro de espíritu: ¡Tan de cerca que pudo ser llamado otro Don Bosco!

No lo fue, pero se le asemejó en muchos aspectos. Ciertamente, en los más esenciales.

Para trabajar en grupo:

- a. Hacer un afiche que presente los principales momentos en la vida de Miguel Rúa y las fechas de los mismos.
- b. Hacer un cuadro comparativo entre la vida de Juan Bosco y la de Miguel Rúa, comparando algunos aspectos: lugar de nacimiento, desarrollo de la infancia, ritmo de estudios, proceso vocacional, etc.
- c. Completar el cuadro con la propia historia personal.

### 2. Distinto de Don Bosco

Don Bosco y Don Rúa fueron muy diferentes por origen, temperamento, formación y aspecto externo. Así nos lo presentan quienes escribieron su vida: "Si el rostro, la sonrisa, la actitud mostraban en uno la bondad paternal, toda la persona del otro expresaba la seriedad serena, la actividad reservada, con un cierto punto de austeridad. En medio de los niños, en el patio, aquél se presentaba alegre, expansivo, cordial; éste, en cambio, afable como el Padre, pero más mesurado, menos efusivo"

Si Don Bosco era pura fantasía y expresión, Miguel Rúa, aunque dotado de una fina sensibilidad y de un corazón muy afectuoso, era muy reservado de sus sentimientos, y se mostraba extremadamente educado.

Era evidente, entonces, que Don Rúa no podía imitar al Don Bosco del Oratorio: no tenía el carácter, ni las dotes de simpatía, ni la inquieta iniciativa, irreplicable, del fundador. Pero sí podía imitar al Don Bosco de la segunda fase, al Don Bosco padre, consejero, maestro.

Es así que, cuando en 1850 comenzó a frecuentar el Oratorio y respondió positivamente a la propuesta vocacional de Don Bosco, la preocupación fundamental del Fundador fue cultivar y perfeccionar las cualidades innatas del joven Miguel Rúa, y las fue completando con aquello que le faltaba para que fuera un auténtico "salesiano".

Detrás del carácter natural, había una cara oculta, que era la que Don Bosco le ayudó a descubrir y desarrollar: la cara amable, paternal, cercana, complaciente, bondadosa. Don Bosco no lo cambió, lo educó en el sentido etimológico de la palabra: sacó de él lo mejor que tenía, sin que tuviera que perder ninguno de los elementos esenciales de su personalidad. Conservando, por tanto, íntegra su personalidad, Don Bosco va a hacer de él, primer, un gran colaborador y, más tarde, su digno sucesor.

Esta preocupación de Don Bosco se pone de manifiesto en las notas que le escribe a Miguel Rúa cuando comienza a ser director en la casa de Mirabello, en la primera fundación salesiana fuera del Oratorio en Turín: conociendo sus tendencias, le hace algunas recomendaciones prácticas, que no son más que poner por escrito los consejos insistentes que le daba en Valdocco: Procura hacerte amar antes que hacerte temer; trata de pasar con los jóvenes todo el tiempo del recreo. Le aconseja que use, sobre todo, la cara amable, alegre y salesiana. El joven Rúa supo hacerlo bien, como nos lo deja escrito en la crónica de esa casa su compañero Rufino: "Don Rúa en Mirabello se comporta como Don Bosco en Turín"

En esto reconocemos también la habilidad de Don Bosco de poner a cada uno en el lugar donde se siente más cómodo y más puede colaborar en la tarea común. Esto implica no pretender nivelar y uniformar a todos, sino potenciar al máximo las cualidades innatas de cada uno, y ayudar a desarrollar aquellas que requieren un mayor esfuerzo de voluntad. Es partir de la búsqueda de lo bueno que hay en cada uno, con la certeza de su existencia, y desde allí construir un camino de santidad, en el seguimiento de Jesús como discípulos y misioneros.

Es así que Miguel Rúa se nos puede presentar con una santidad más realizable que la de Don Bosco. O, más bien, como quien a partir de su cercanía con Don Bosco y de su propia historia personal, siendo fiel en lo de todos los días -hacer con empeño lo pequeño- llegó a lograr una tal relación intensa de amistad con Jesús, que lo consideramos "santo".

**Para trabajar en grupo:**

- a. Hacer un afiche que presente comparativamente las cualidades innatas distintivas de Miguel Rúa y de Don Bosco.
- b. Si trabajamos en un equipo de animadores, realizar un afiche en donde se coloquen las principales cualidades de cada uno de los integrantes del equipo. Puede colocarse el nombre de cada uno, y luego que el propio interesado complete los nombres, o pedir que otro diga lo bueno que hay en cada uno.
- c. Otra opción es que cada uno de los participantes del encuentro haga un breve relato de su actividad cotidiana, y luego preguntarnos juntos cómo esos espacios pueden ser espacios de santidad.